

ENTREVISTA

Julián Casanova

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza

“Cuando se banaliza el pasado, se ataca a la democracia”

En un tiempo en el que el pasado vuelve a ser un campo de batalla político y los viejos mitos regresan con nuevos formatos, Julián Casanova insiste en una idea incómoda: la historia no está para tranquilizar conciencias, sino para incomodarlas. Es uno de los historiadores españoles más reconocidos en el estudio de la Guerra Civil, el franquismo y las violencias políticas del siglo XX. Profesor universitario y autor de una extensa obra traducida a varios idiomas, Casanova ha dedicado buena parte de su trayectoria a desmontar los relatos complacientes sobre la dictadura y a analizar cómo se construyen —y se disputan— las memorias colectivas.

Para él, la memoria democrática no es un ajuste de cuentas ni una batalla cultural entre bandos, sino una tarea intelectual y cívica para conocer lo ocurrido, asumir responsabilidades y comprender cómo el pasado sigue proyectándose sobre el presente. En un contexto marcado por el auge del revisionismo y la fragilidad de las democracias europeas, Casanova reivindica el papel de la historia frente al mito, y del conocimiento frente a la manipulación.

Defiende que la memoria democrática no es una «batalla ideológica», sino un ejercicio de conocimiento y justicia. ¿Cómo definiría la memoria democrática hoy en España

Al contrario que las luchas heroicas, los triunfos militares o las celebraciones de la

grandeza nacional, los pasados traumáticos, sucios o infames no se prestan a relatos fáciles o que dañen su imagen oficial basada en mitos. En la España de la transición y de las dos primeras décadas de la democracia se evitó una confrontación directa con los crímenes del franquismo.

Esa tendencia comenzó a cambiar desde la década de los noventa, después de un largo período de indiferencia política y social hacia la causa de las víctimas de la represión franquista. Coincidió ese cambio con la importancia que en el plano internacional iban adquiriendo los debates sobre los derechos humanos y las memorias de guerra y dictadura. Una parte de la sociedad civil comenzó a movilizarse, se crearon asociaciones para la recuperación de la memoria histórica, se abrieron fosas en busca de los muertos que nunca fueron registrados y los descendientes de los asesinados por los franquistas, sus nietos más que sus hijos, se preguntaron qué había pasado, por qué esa historia de muerte y humillación se había ocultado y quiénes habían sido los verdugos. Las acciones para que esas víctimas tuvieran un reconocimiento público y una reparación moral encontraron muchos obstáculos, pero los logros, aunque insuficientes, han sido muy importantes, primero con la Ley de Memoria Histórica de 2007, con el gobierno de Rodríguez Zapatero, y casi quince años después con la Ley de Memoria Democrática, impulsada por el gobierno de Sánchez.

Pese a esos avances legislativos, ¿por qué cree que sigue siendo tan difícil alcanzar un consenso social y político sobre la memoria del franquismo?

Las investigaciones de los historiadores, el registro del desafuero cometido por los militares sublevados y por la dictadura de Franco, sacado a la luz por sólidos estudios, hizo también reaccionar, por otro lado, a conocidos periodistas, propagandistas de la derecha y aficionados a la historia, que retomaron los viejos mitos de la manipulación franquista.

En la España de la transición y de las dos primeras décadas de la democracia se evitó una confrontación directa con los crímenes del franquismo



Durante una conferencia en Belchite con motivo del 80.º aniversario de la batalla, donde reivindicó este enclave como lugar de memoria y enseñanza de la Guerra Civil, más allá de los mitos y la propaganda © Juan Galindo Simón.

La llamada reforma agraria franquista condujo a la desaparición del campesino

El juego de «equiparación» de víctimas y responsabilidades ha dominado la mayoría de las representaciones divulgadas en los medios de comunicación y ha sacado a la luz una clara confrontación entre las narraciones y los análisis de los historiadores y los usos políticos y recuerdos.

¿Cómo se ha alimentado esa confrontación en el espacio público?

La aparición de Vox ha radicalizado el discurso que ya sostenía la versión oficial del Partido Popular. Para decenas de miles de víctimas la victoria de Franco en 1939 significó prisión, tortura, ejecuciones, campos de concentración y exilio. La ciencia y la cultura fueron destruidas o puestas al servicio de sus intereses y objetivos. Silenciando todo eso, el discurso de Vox insiste en que Franco fue el gran modernizador del país en el siglo XX, el campeón del desarrollismo. Y, además, cuando compartió con el Partido Popular el poder en algunos gobiernos autonómicos, presionó para derogar las leyes ya aprobadas.

¿Cómo se puede evitar que la memoria histórica termine convertida en un instrumento partidista?

Con información, investigación, educación y una buena difusión del conocimiento histórico, en los medios de comunicación y en las redes sociales. Quizá todos esos campos de actuación no sean suficientes, pero si se abandonan, solo quedarán mitos y mentiras.

Ha advertido en varias ocasiones de una operación para rehabilitar la figura de Franco. ¿Cómo interpreta esta tendencia?

Los historiadores tenemos el deber de recordar lo que la gente quiere olvidar (Hobsbawm dixit), sacar a la luz las partes más oscuras de ese pasado oculto. La tendencia en muchas partes de Europa, y del mundo, no solo en España, desde los nuevos e influyentes grupos políticos de ultraderecha, es minimizar, banalizar esas partes infames y convertir a esos dictadores en modernizadores, y de paso atacar con su recuerdo a las democracias.

¿Qué mitos sobre Franco y el franquismo considera hoy más extendidos?

El mito de que Franco libró a España de la Segunda Guerra Mundial ya fue desmontado por los historiadores Paul Preston, Ángel Viñas o Enrique Moradiellos. Si Franco hubiera metido a España en la Segunda Guerra Mundial habría sido un desastre para él y los aliados no le habrían dejado en el poder después de 1945. Son argumentos tan infantiles que no merece la pena rebatirlos, pero los juntas en un vídeo de TikTok y el mito crece de nuevo.

El más extendido ahora es el del Franco modernizador. Claro que modernizó España, porque en la década de los 60 se modernizó toda Europa. Pero aquí pagamos un coste humano y social que nuestros vecinos no pagaron. Por más que insistan, Franco no

inventó la Seguridad Social, y pantanos también se inauguraron en Corea del Norte. Otro mito es que libró a España del comunismo. En realidad, el comunismo no logró gobernar en ningún país occidental. Tampoco lo habría hecho en España. ¿Alguien duda de que si la guerra la hubiera ganado el bando republicano no habría invadido Alemania a España en 1940 como hizo en Francia y en toda Europa?

Dentro de ese debate, ¿qué lugar ocupa la memoria ambiental en la memoria democrática?

No se ha atendido mucho a esa parte de la memoria. Se ha centrado casi todo en la violencia y en la represión física, en los asesinados, encarcelados o torturados. La reciente historiografía ha ampliado el foco a los costes sociales, económicos, culturales y ecológicos de la larga dictadura. Los años “buenos” del desarrollismo causaron una despoblación acelerada y también el fin de la agricultura tradicional y el gran éxodo desde el campo a la ciudad. Hay buenos estudios, pero muchos de ellos son muy especializados y no han tenido una dimensión social notable, con una precisa difusión.

El franquismo suele asociarse a grandes infraestructuras -pantanos, pueblos de colonización- que todavía forman parte del paisaje. ¿Cómo deben interpretarse históricamente estos proyectos?

Entre 1943 y 1975, los españoles pudieron ver a Franco en el NO-DO en 375 ocasiones en actos propagandísticos, viajes por las diferentes provincias, recepciones oficiales o concesiones de condecoraciones y premios; en 215 como jefe de Estado; y en 154 inaugurando pantanos, viviendas, fábricas



o proyectos agropecuarios, porque, como recordaba Franco en esas inauguraciones, «el Movimiento Nacional se ha propuesto redimir a los hombres y a las tierras de España, llevar la alegría y el sol a los hogares y el bienestar al campo».

La mayor parte de canales, embalses y pantanos que el caudillo inauguró en la década de los cincuenta fueron construidos con mano de obra forzosa y de destacamentos de la Dirección General de Regiones Devastadas, disuelta en febrero de 1957 con la creación del Ministerio de Vivienda. El Instituto Nacional de Colonización creó desde 1940 casi trescientos pueblos, la mayoría en Extremadura, Andalucía y Aragón, donde se asentaron 55.000 familias en tierras de secano de poca productividad que el Estado compró a grandes propietarios para convertirlas en regadío: «una verdadera reforma agraria», como la denominó Franco en 1951. Muchos de esos pueblos de colonización, acompañados de construcción de pantanos y canales, diseñados por conocidos urbanistas, bautizados con el sobrenombre «de Franco» o «del Caudillo», se deshabitaron en el gran trasvase de población del campo a la ciudad en los años sesenta.

Durante décadas, los pantanos se presentaron como símbolos incuestionables de modernidad y progreso. ¿Cree que esa narrativa sigue operando hoy cuando se evalúa el legado material del franquismo, especialmente en el mundo rural?

La España de los últimos quince años de la dictadura vivió entre la tradición y la modernidad. Había una España miserable y primitiva, de hambruna y pobreza, que desaparecía, aunque no del todo, captada en las imágenes de fotografías y cineastas y en las narraciones literarias. Y hay otra moderna, que nace, aunque no puede dominar todavía y matar a la vieja. Esa tensión entre la tradición y la modernidad preside tanto el cine de Carlos Saura, en *La caza* (1965) por ejemplo, como el de Luis Buñuel en *Viridiana* (1961) o el de Luis García Berlanga en *El verdugo* (1964). En *La caza* sabemos desde el primer momento que en el escenario donde los cuatro protagonistas van a cazar conejos murió mucha gente en la Guerra Civil. Los tres hombres mayores, a quienes el pasado común persigue y el presente no les permite ser felices, se matan entre ellos. Sólo el joven queda vivo, no sabemos si para seguir recordando, prisionero del pasado, o como esperanza de cambio. Porque mientras los mayores preparan el enfrentamiento, con sus recuerdos, conversaciones, reproches y violencia contenida, el joven escucha música moderna en la radio y baila el *twist* con la sobrina del guardia de la finca. Y en *El verdugo*, tras la ejecución

Una gran parte de los pantanos fueron construidos con mano de obra forzosa y presos políticos



Josip Broz Tito y su esposa Jovanka con el alcalde de Novi Sad (Yugoslavia) Jovan Dejanović en 1975 © Barboni



Visita de Franco a una fábrica de SEAT.

a garrote vil, el modo más cruel y primitivo de matar, aparecen en la última escena unas rubias extranjeras bailando el *twist* en un yate.

En todo caso, en aquellos años de desarrollo y crecimiento económico, la modernidad nunca pudo tragarse la historia, el pasado violento, que salía una y otra vez a través de los recuerdos, la represión y los lugares de memoria. En 1959, en el mismo año en que se aprobó el plan de estabilización, el gran giro de la política económica de la dictadura, fue inaugurado el Valle de los Caídos, el monumento que consagró para siempre, veinte años después del final de la Guerra Civil, la memoria de los vencedores, «el panteón glorioso de los héroes», como lo llamaba fray Justo Pérez de Urbel, catedrático de Historia en la Universidad de Madrid, apologista de la Cruzada y de Franco, y primer abad mitrado de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

Puede resultar incómodo recordar esa España miserable y de hambruna, de represión y culto a los mártires, que persistió con fuerza más allá de la posguerra y de la autarquía, pero los historiadores no podemos ocultarla con un decorado feliz de la modernidad.

La dictadura de Franco amparó el enfoque distorsionador y tendencioso de los vencedores de la guerra y durante ese largo período resultó muy difícil elaborar interpretaciones alternativas. En esos años de silencio historiográfico, la literatura y el cine encendían de vez en cuando la llama del recuerdo. La literatura, los documentales o el cine de ficción nos ofrecen hoy también, tras décadas de democracia, miradas diferentes sobre la despoblación, el desarraigo, el abandono de los pueblos, decisiones estimuladas, e impuestas, desde el poder. Es la historia y memorias de abuelos y bisabuelos.



Julián Casanova, con estudiantes del Colegio Aljarafe tras una sesión sobre la historia de España del siglo XX, en un acto que reivindica el valor de la educación.

Desde una perspectiva histórica, ¿hasta qué punto estas infraestructuras fueron realmente proyectos económicos y hasta qué punto instrumentos de control político y social del régimen?

La inauguración de centros industriales y pantanos se convirtió en el icono esencial del desarrollismo. Franco recorrió España de un lado a otro, con el ritual repetido de baño de multitudes organizado por Falange, con cámaras del NO-DO y fotógrafos como testigos. La electrificación, las grandes obras hidráulicas y la transformación del paisaje por la tecnología industrial fueron manifestaciones del desarrollo y de la prosperidad en las dictaduras y democracias desde los años veinte. Los planes quinquenales de Stalin o las colosales infraestructuras creadas por el *New Deal* de Roosevelt expresaban los esfuerzos masivos de esas administraciones para superar el atraso, los traumas de cruentas guerras o de la Gran Depresión de 1929. Franco presentó el desarrollo como la superación del sufrimiento de la «Guerra de Liberación», de la «inestabilidad política, el fomento de la lucha de clases, un ambiente permanente revolucionario con menoscabo de la autoridad (...) el bajo nivel de vida, las enormes desigualdades sociales (...) y el estancamiento de nuestro progreso económico».

Esas conquistas de la ingeniería y de la industria las presidía Franco no ya como generalísimo de la guerra y la posguerra, sino como dirigente civil de una sociedad que disfrutaba de los servicios del Estado. La desordenada construcción de decenas de miles de viviendas, urbanización de baja calidad y trámites de urgencia cambiaron el paisaje de las ciudades, de la misma forma que la construcción de pantanos y vías de comunicación alteraron la naturaleza.

La construcción y urbanización en la costa mediterránea se dejó al libre albedrío

La modernización no vino acompañada de una redistribución justa

de promotores y arquitectos próximos a Franco, como el tarraconense José Banús, quien ya había disfrutado de concesiones ventajosas en el suministro de grava a las obras públicas de Madrid en la posguerra y en la construcción del Valle de los Caídos. Junto con Alfonso de Hohenlohe, convirtió pequeños pueblos de pescadores de la Costa del Sol en reducto de ricos y aristócratas que jugaban al golf y se divertían en salas de fiestas. La mano de obra de Banús, como la de otros constructores amigos del caudillo, fue muy barata, presos de guerra y presos políticos del Patronato de Redención de Penas. Los Centros de Interés Turístico, con licencias y trámites en tiempo récord, transformaron el suelo rústico en urbanizable y crearon una amplísima red de amigos y clientes enriquecidos por sus conexiones con los jerarcas de Franco, entre los que sobresalía José Antonio Girón y Velasco y sus negocios inmobiliarios en Fuengirola. En esos años se gestó también, a través de Franco y su vínculo con la familia real saudí, el desembarco de los millonarios jeques árabes.

La construcción de embalses se vincula a procesos tempranos de despoblación rural. ¿Tiene la «España vaciada» raíces en decisiones estructurales del franquismo?

Como ocurrió en los países más ricos de Europa, el crecimiento económico español de los años sesenta se vio impulsado por la mejora en la productividad, con transfor-

maciones estructurales decisivas, y por la acumulación del capital. Una de las razones que explican esa mejora en la productividad fue la gran transferencia de mano de obra desde el sector agrario a la industria y los servicios. Más de cuatro millones y medio de personas, normalmente trabajadores subempleados en la agricultura cambiaron de residencia en España durante la década de los sesenta, pasando a ocupar la oferta de puestos de trabajo en los sectores económicos en desarrollo. El sector primario, que en 1960 aportaba una cuarta parte del PIB, representaba sólo un 10 % en 1975. La población ocupada en actividades de ese sector pasó de más de 42 % a menos del 24. La industria, por el contrario, ocupaba al final de la dictadura al 37 % de la población, y los servicios, que aportaban en 1975 la mitad del PIB, se convirtieron en la actividad económica con más trabajadores.

¿Qué consecuencias sociales tuvo este proceso?

La población española aumentó diez millones en las casi cuatro décadas de Franco en el poder, de 26 millones en 1940 a 35 millones en 1975, debido sobre todo al descenso brusco de la mortalidad, pero el fenómeno más relevante fue el trasvase masivo de población del campo a la ciudad, el éxodo rural, que transformó a la sociedad española. Ya lo había advertido Rafael Cavestany y Anduaga, ingeniero que combatió en la Guerra Civil como teniente provisional, inspector de trabajo, impulsor

El sistema represivo de la dictadura se sostuvo sobre cárceles, campos de concentración y colonias de trabajadores forzados

Fernando Rey y Silvia Pinal en «Viridiana», de Luis Buñuel (1961). La película fue una burla a la censura y al franquismo porque consiguió colar una crítica devastadora al régimen y a la moral nacional-católica usando justo el lenguaje que la censura decía defender: caridad, pureza, obediencia, religión. Y lo hizo con ironía quirúrgica. Simuló obedecer la «moral» del Movimiento para demostrar que esa moral era inviable, cruel y falsa.



Trabajadores y trabajadoras de la fábrica de accesorios de automóvil Harry Walker en Barcelona, luchando durante una de las huelgas más largas y combativas del tardofranquismo — una ocupación y resistencia que se prolongó 62 días entre diciembre de 1970 y febrero de 1971 en condiciones de fuerte represión y organización colectiva.



del sindicalismo en el campo y ministro de Agricultura desde julio de 1951 a 1957: la reforma agraria no consistía en la distribución de la propiedad de la tierra, sino en la modernización de la agricultura «transformadora del medio rural (...) que estimule y favorezca el desarrollo de un proceso industrial (...) que absorba en actividades industriales y terciarias el exceso de población que el campo no puede sostener». Ese camino conducía a la desaparición del tradicional campesino español.

El éxodo rural rompió con la disponibilidad de mano de obra en el campo. La agricultura tradicional entró en crisis como consecuencia de un proceso migratorio que afectó fundamentalmente a los jornaleros o asalariados y a los pequeños propietarios. El problema del reparto de la tierra, uno de

los ejes primordiales del conflicto durante la Segunda República, desapareció. Aquellas luchas de jornaleros agrícolas de Andalucía y Extremadura cargadas de mitos y sueños igualitarios ya no volverían a ser noticia. La victoria de Franco y la represión liquidaron la reforma agraria y lo que se abrió tras el fin de la autarquía para decenas de miles de campesinos fue la posibilidad de encontrar trabajo en las industrias de los cinturones de las grandes ciudades. Los dos millones de asalariados que quedaban en 1960 se redujeron a un millón diez años después. La clase terrateniente perdió influencia política y social, y sin el poder de esa élite agraria, fundamental en la consolidación de regímenes autoritarios en la primera mitad del siglo XX, se despejó el camino a la burguesía industrial.

¿Cómo se justificaba ideológicamente el uso de trabajo forzado en estas obras?

Formaba parte de la «reconstrucción material» y «del resurgimiento espiritual de España». El Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo fue creado en octubre de 1938 y su principal instigador, el jesuita José A. Pérez del Pulgar, se encargó de airear sus virtudes: a quienes eran capaces de arrepentirse, «a los adaptables a la vida social del patriotismo», había que redimirlos mediante el trabajo. Tanto el inspirador de este patronato como sus principales defensores, el sacerdote capellán de la cárcel Modelo de Barcelona, Martín Torrent García, y Máximo Cuervo Radigales, director general de Prisiones, atribuyeron la creación de ese régimen de redención de penas a una nueva concepción «crís-



Julián Casanova, con estudiantes de Bachillerato tras su conferencia *Introducción al siglo XX europeo* en los Coloquios Curie del CSIC.

Durante décadas, millones de personas no fueron ciudadanos, sino súbditos

tianísima» auspiciada por el Caudillo, «que lo sigue, lo vigila y lo tutela día a día con amorosa solicitud». Era la continuación de las «leyes de Indias, inspiradas por nuestros grandes teólogos». Desde el día de la victoria, el Gobierno encargó a las congregaciones religiosas dedicadas a actividades asistenciales y hospitalarias y a las mujeres de Acción Católica la atención de las presas y de sus niños. El 6 de noviembre de 1941 se creó el Patronato de Protección a la Mujer, cuyo objetivo era «la dignificación moral de la mujer, especialmente de las jóvenes, para impedir su explotación, apartarlas del vicio y educarlas con arreglo a la religión católica».

Desde la historia social, ¿cómo deberían incorporarse hoy experiencias como la represión, el miedo o los desplazamientos forzados a las políticas de memoria democrática?

Una buena parte de los vencidos en la guerra fueron a parar con sus huesos a cárceles, campos de concentración, destacamentos penitenciarios y colonias de trabajadores forzados, la espina dorsal del sistema represivo implantada por la dictadura. El momento con mayor número de presos, según el *Anuario Estadístico de*

España, que solo contemplaba «la población penitenciaria», fue a finales de 1939 y comienzos de 1940, exactamente 270.719, de los cuales 23.232 eran mujeres. Existían más de cien campos de concentración estable con quinientos mil prisioneros de guerra en espera de ser clasificados, reeducados y castigados. Otros noventa mil estaban recluidos en más de un centenar de Batallones de Trabajadores y casi cincuenta mil en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, condenados a trabajos forzados y humillaciones. Mano de obra barata para las empresas y el Estado, para construir carreteras, obras hidráulicas, edificios públicos y vías ferroviarias.

La necesidad de mano de obra, la amenaza de colapso administrativo y la evolución de la segunda guerra mundial, hasta la derrota de los fascismos, hizo descender de forma acusada, a través de una política de excarcelaciones e indultos, el número de personas privadas de libertad. Aun así, los que logran salir recibían una tarjeta de libertad vigilada y cuando pasaban por las Comisiones de Exámenes de Penas, creadas el 25 de enero de 1940, necesitaban informes favorables de las autoridades políticas, militares y eclesiásticas.

Los campos de concentración en la Es-

paña de Franco no fueron de exterminio, sino que se utilizaron para clasificar, reeducar, vigilar y «doblegar» a los prisioneros. El modelo partió de la guerra, «purgatorios de la República», y cuando fue creado no existía todavía en ningún sitio de Europa ese sistema de eliminación directa y masiva que pusieron en marcha los nazis a partir del verano de 1941 con la operación Barbarroja de invasión de la Unión Soviética, que necesitaba un enemigo racial, algo que faltaba en España. Una cosa era un Estado policial, como el de la Alemania nazi de antes de la segunda guerra mundial o el construido por Franco, y otra el genocidio.

Mantener en la cárcel durante tanto tiempo a tantos prisioneros, torturarlos, dejarles morir de hambre y de epidemias, no fue, como la dura represión de posguerra en general, algo inevitable. «Terminó el frente de la guerra, pero sigue la lucha en otro campo», dijo el Caudillo en su discurso de la victoria. Era el castigo necesario para los rojos vencidos. Católicos, falangistas y militares admiraban en aquellos años, aunque lo tuvieran que ocultar después, la limpieza moral y política llevada a cabo por Hitler en Alemania.

Además de las leyes, o de la necesaria gestión de esas memorias, aspectos importantes, insisto en la educación, en saber transmitir con precisión esas investigaciones que muchas veces quedan en el mundo académico.

Los conflictos por la contaminación afectaron especialmente a barrios obreros y comunidades rurales. ¿Revela la historia ambiental del franquismo una desigualdad social y territorial específica?



Cartel del coloquio *Resistencia(s)*, inaugurado por el historiador en diciembre de 2019, con la conferencia «Guerra en España, guerra en Europa», en el Palacio de la Aljafería (Zaragoza).

La industrialización fue priorizada frente a la salud ambiental y la vida cotidiana de las poblaciones afectadas

Los conflictos por la contaminación afectaron a barrios obreros y comunidades rurales, sin capacidad de defensa frente al Estado y las empresas. ¿Revela la historia ambiental del franquismo una desigualdad social y territorial específica?

No todo se debía al miedo, a la represión y a la propaganda. Una parte importante de la población, desmovilizada y apática, compartía los éxitos de Franco, caudillo primero del orden, después de la paz y finalmente del progreso. A toda esa gente le inquietaba que esa tranquilidad duradera pudiera quebrarse con una vuelta a los tiempos del desorden y la guerra. Les parecía que todo eso era obra de un hombre. El crecimiento económico y el progreso fueron presentados como la consecuencia directa de la paz de Franco, en una campaña de propaganda organizada por Fraga Iribarne que llegó hasta el pueblo más pequeño de España. En palabras de José Solís Ruiz, ministro-secretario general del Movimiento en aquellos años, Franco era «el hombre que había quitado a los españoles las alpargatas para montarles sobre cuatro ruedas». España, que había permanecido durante tres siglos enferma, «entre la vida y la muerte», les contó el Caudillo a los procuradores en las Cortes en noviembre de 1967, empezaba a «abandonar el lecho y dar cortos paseos por el jardín de la clínica».

Nadie que trabajara en la dirección del Generalísimo estaba interesado entonces en el cambio político. La gestación de esa sociedad de consumo salió del orden de lazos de sangre inaugurado con la victoria de 1939. Los años de terror en la guerra y posguerra habían dado sus frutos en forma de despolitización y apatía política.

Esa amplia masa de población no eran ciudadanos, sino súbditos administrados por un Estado de orden y desarrollo. «Los señores procuradores son testigos de que toda España está en obras —resumió triunfalmente Laureano López Rodó antes las Cortes—: ¿No reemplaza la maquinaria agrícola a las yuntas? ¿No se construyen fábricas por doquier? (...) ¿No se cubren los tejados de antenas de televisión? ¿No se pueblan nuestras calles y carreteras de vehículos? (...) ¡Esa es nuestra realidad!».

Era el triunfo del productivismo, que ocultaba los costes sociales y ecológicos. En los viajes de Franco por España, difundidos

ampliamente en los despliegues propagandísticos del NO-DO, no aparecía la pobreza, ni los miles de chabolas en la periferia de las grandes ciudades, desequilibrios de esa voraz modernización a la que no acompañó nunca una reforma fiscal progresiva que redistribuyese bienes y servicios y que invirtiera más en sanidad y educación pública, como habían hecho las democracias europeas desde comienzos de los años cincuenta. La Ley de Bases de la Seguridad Social de diciembre de 1963 unificó los diferentes mecanismos de protección y asistencia social y fue la raíz de un estado «del bienestar» en el que también aumentaron los funcionarios y los servicios públicos, pero con un sistema fiscal fraudulento en el que los impuestos directos sumaban menos de una tercera parte de los ingresos.

Durante el franquismo, la industrialización se priorizó frente a la salud ambiental y la vida cotidiana. ¿Define esta jerarquía la naturaleza del régimen?

Durante los años de guerra y autarquía la renta per cápita en España había disminuido respecto a los Estados más ricos de Europa occidental y ese atraso acumulado fue la primera causa del rápido crecimiento entre 1960 y 1973, algo que ocurrió también en otros países que partían de un nivel de renta menor que las economías más desarrolladas. Aunque el acercamiento económico al modelo europeo fue tardío e incompleto, con notables desfases tecnológicos, España experimentó un acelerado proceso de industrialización. Era un campo abonado para la penetración del capital extranjero. Con una clase obrera sometida y con una población mantenida bajo constante vigilancia política por Falange y por las fuerzas de orden, la economía española, estimulada por los créditos norteamericanos y por la fuerte expansión de la economía europea, alcanzó cotas de crecimiento hasta entonces desconocidas. Ministros, procuradores, alcaldes, gobernadores, presidentes de las diputaciones y funcionarios oportunistas aprovecharon la combinación de desarrollo y corrupción para hacer fortuna.

En esa larga década de crecimiento e industrialización se modificaron formas de producir, hábitos y costumbres. El gasto familiar, dedicado a la subsistencia en los años de hambre, ínfimos salarios y merca-



Acto de reconocimiento público a un trabajo pionero que abrió camino cuando investigar la represión franquista no era ni cómodo ni consensuado. Hace casi cuarenta años, el historiador Julián Casanova inició en Aragón el proyecto *El pasado oculto*, una investigación que puso nombre a las víctimas desde el rigor histórico.



Presentación del cartel *Los Nacionales*, de Juan Antonio Morales, en Cornell University, en un acto organizado por Romance Studies y el History Department, para ilustrar por qué Franco ganó la guerra: un general, un obispo y un capitalista con la esvástica, con el buitre y las tropas coloniales al fondo.

El control absoluto del poder ya no fue suficiente para evitar la movilización social contra la falta de libertades

do negro, encontró poco a poco espacio en muchos hogares para la compra a plazos de electrodomésticos, desconocidos hasta ese momento en España, y automóviles. Franco inauguró el 5 de mayo de 1955 la nueva fábrica de SEAT en Barcelona, de la que salió dos años después el primer modelo 600, muestra de la modernidad industrial.

Algunos autores sostienen que la lucha contra la contaminación fue también una forma de antifranquismo. ¿Qué papel jugaron estos conflictos en la politización social del final de la dictadura?

El crecimiento industrial, la crisis de la agricultura tradicional y la gran emigración desde el campo a las ciudades transformaron el paisaje social y la estructura de clases. Surgió una nueva clase obrera, que tuvo que subsistir al principio en condiciones miserables y bajos salarios, controlada por los falangistas y los sindicatos verticales, sometida a una intensa represión, pero que pudo utilizar desde comienzos de los años sesenta la nueva legislación sobre convenios colectivos para mejorar sus contratos. Los objetivos de la revolución social, que habían

manifestado anarquistas y socialistas hasta 1939, se apartaban para lograr otros más inmediatos relacionados con los salarios, la duración de los contratos o las exigencias de libertades.

Durante la autarquía las quejas por los bajos salarios y el racionamiento, demandas urgentes para salir de la miseria, tuvieron una dimensión política, porque desafiaban a la autoridad. Hubo ya una huelga importante en la ría bilbaína el 1 de mayo de 1947, aunque la más significativa de aquellos años fue la que comenzó en Barcelona en marzo de 1951 con el boicot a los tranvías para protestar por la subida de tarifas. La huelga se extendió a otros sectores industriales y encontró también un amplio eco de solidaridad en Vizcaya y Guipúzcoa. En esos conflictos, y en los de los años siguientes, coincidiendo con las primeras movilizaciones estudiantiles de 1956, se vio ya que los dos sindicalismos históricos, el socialista y el anarquista, tenían desde la clandestinidad muchas dificultades para conectar con las nuevas acciones colectivas y que los comunistas eran ya la fuerza más activa de oposición a Franco. Se hicieron notar espe-

cialmente a partir de la Ley de Convenios Colectivos de 1958 y aunque la dictadura siempre podía contar con la policía, el código penal, la cárcel y la tortura, surgió un sindicato nuevo clandestino, Comisiones Obreras, activado y orientado por católicos y comunistas que intentaban penetrar en los sindicatos verticales. Se trataba de una nueva cultura sindical, de una acción «indirecta» que utilizaba los canales que el régimen ofrecía.

El control absoluto que los poderes de Franco intentaban ejercer sobre los ciudadanos ya no era suficiente para evitar la movilización social contra la falta de libertades. Rojos y disidentes eran también los profesores y estudiantes que cuestionaron los fundamentos de una Universidad mediocre y represiva y los clérigos que se distanciaron de la Iglesia católica sumisa. Un documento oficial de la Dirección General de Seguridad fechado en 1966 ya advertía que de los tres pilares de la dictadura, «el catolicismo, el Ejército y la Falange», únicamente el segundo aparecía «firme, unido como realidad y esperanza de continuidad», mientras que el catolicismo mostraba signos de división en torno a tres problemas: «El clero separatista; la lucha interna entre sacerdotes conservadores y sacerdotes avanzados; y la actitud de cierta parte del clero frente a las altas jerarquías eclesiásticas».

Si hoy hablamos de derechos ambientales, participación ciudadana o justicia ambiental, ¿hasta qué punto estas conquistas hunden sus raíces en aquellas luchas?

La profunda transformación de España en esa década de desarrollo de los sesenta generó la aparición de altos niveles de conflictividad que quebraban la tan elogiada paz de Franco. En 1973 el aumento de los conflictos fue espectacular, con la provincia de Barcelona a la cabeza de las huelgas, como en casi todo ese período. En realidad, desde 1971 hasta la muerte de Franco, los conflictos se extendieron por todas las grandes ciudades y se radicalizaron por la intervención represiva de los cuerpos policiales, cuyos disparos dejaban a menudo muertos y heridos en las huelgas y manifestaciones. La violencia policial llegaba también a las universidades donde crecían las protestas y se multiplicaban las minúsculas organizaciones de extrema izquierda. La respuesta de las autoridades franquistas, con Carrero Blanco a la cabeza, fue siempre mano dura, represión y una confianza inquebrantable en las fuerzas armadas para controlar la situación.

Pero el control absoluto que el poder intentaba ejercer sobre los ciudadanos ya no era suficiente para evitar la movilización social contra la falta de libertades. En esos años finales de la dictadura aparecieron además conflictos y movilizaciones que se parecían mucho a los nuevos movimientos

sociales presentes entonces en las fuerzas industriales de Europa y Norteamérica. Era el momento del apogeo del movimiento estudiantil, enfrentado en España no tanto al sistema educativo como a un régimen político represor y reaccionario; de los nacionalismos periféricos, que arrastraron a una buena parte de las elites políticas y culturales; y no habría que pasar por alto otras formas de acción colectiva vinculadas al pacifismo-antimilitarismo, al feminismo, a la ecología o a los movimientos vecinales. Eran movimientos que abandonaban en la mayoría de los casos el sueño revolucionario de un cambio estructural, para defender una sociedad civil democrática; que asumían formas de organización menos jerárquicas y centralizadas; y que se nutrían de jóvenes, estudiantes y empleados del sector público, es decir, de personas que ya no representaban a una clase social determinada, por lo general obrera, y que, por lo tanto, ya no recogían sólo los intereses y demandas de esa clase.

Para las generaciones más jóvenes, que no vivieron ni la dictadura ni el franquismo ¿qué cree que está en juego al recuperar la memoria democrática? O, ¿qué cree que está en juego al conocer esta parte de nuestra historia?

Llama la atención el interés que ahora muestran propagandistas y manipuladores de la historia en destacar la parte más positiva de aquellos tiranos que dominaron sin piedad durante décadas las vidas de millones de ciudadanos, sometiéndolos a una fatalista sumisión a los sistemas totalitarios que habían creado.

Stalin recordó en varias ocasiones, para subrayar los logros económicos de su régimen, que encontró Rusia con el arado de madera, el mismo que se utilizaba desde la Antigüedad, y la dejó con la bomba atómica. En los países que componían Yugoslavia, los más jóvenes, que no tuvieron ocasión de conocer a Tito, lo recuerdan como un gran hombre que unió al país y le dio una prosperidad sin precedentes. En Hungría, Horthy, que metió a su país en la II Guerra Mundial al lado de los nazis, con efectos desastrosos, es ensalzado por el presidente Orban y su máquina propagandística como un patriota y recordado en monumentos y homenajes. En España hace tiempo que algunos historiadores, y otros que dicen serlo, insisten en que Franco fue el gran modernizador del país en el siglo XX, el campeón de las dictaduras desarrollistas.

Coincide esa ola de revisionismo, además, con un momento en que las democracias europeas se están volviendo más frágiles, la política democrática sufre un profundo desprestigio, traducido en el crecimiento de organizaciones de ultraderecha y de nacionalismo violento en casi todos los países, desde Holanda a Finlandia, pasando por Hungría o Francia, y la corrupción y los desastres económicos alejan a las nuevas



Entrevista en La Sexta Columna con motivo del 90 aniversario de la proclamación de la Segunda República, en la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza (2021).

Rojos y disidentes eran también profesores, estudiantes y clérigos que rompieron con la obediencia

generaciones de aquel ideal de Europa que sirvió para estabilizar al continente en las últimas décadas del siglo XX.

Si la memoria democrática también mira al futuro, ¿qué pasos deberían darse hoy para que las lecciones del franquismo sigan influyendo en las políticas públicas y en la conciencia colectiva?

En la segunda mitad del siglo XX, tras la Segunda Guerra Mundial, el descontento y las protestas, que las hubo, y muchas, se expresaban en las democracias -también en España a partir de la muerte del dictador- a través de los sindicatos, las negociaciones entre los partidos políticos y el pluralismo de ideas y posiciones ideológicas.

En la actualidad domina, sin embargo, una agitada y buscada polarización que se manifiesta en la desilusión y rechazo con la democracia y en un creciente reclamo del autoritarismo. Una buena parte de las elites políticas y económicas no han sabido responder a los retos planteados acerca de la distribución de la riqueza, concentrada cada vez en menos manos, la inmigración, el acceso a la vivienda, el cambio climático y la seguridad. Es el alimento idóneo para el resentimiento, convencer a muchos de que todo es responsabilidad de unos pocos, lo que supone una quiebra de la sociedad civil y socavar la confianza en la democracia.

Resulta difícil y complejo comprender por qué las democracias, tras una larga y

sostenida consolidación, parecen abocarse sin remedio hacia su declive. Como según el discurso populista y autoritario, ya no se puede confiar en los partidos, sindicatos y asociaciones, encargados antes de la resolución de conflictos, lo que reaparecen son los fragmentos más negros de la historia del siglo XX, cuando la cultura del enfrentamiento se abrió paso en medio de la falta de apoyo popular a la democracia y la violencia se impuso a la razón. Un grupo de criminales que consideraba la guerra como una opción aceptable en política exterior se hizo con el poder y puso contra las cuerdas a los políticos parlamentarios educados en el diálogo y la negociación.

Esa historia la conocemos bien los historiadores especialistas en el siglo XX. La recuerdan muchos de los descendientes de las víctimas que los diferentes asesinos dejaron a su paso. La manipulan quienes banalizan sus devastadoras consecuencias. El discurso populista, de elogio «pueblo puro» frente a las élites corruptas, no va a solucionar la creciente marginalización que sienten amplias capas de las clases medias y trabajadoras. Cuando fallan los pilares de la cohesión social y de los valores cívicos compartidos, los bárbaros se imponen. La historia avisa. Y ahora rima.

Charo Barroso
Directora de Ambienta



Tras la victoria franquista, el Canto del Pico fue utilizado por Franco como residencia de fin de semana, especialmente en los años cuarenta y cincuenta. Aunque pertenecía a la familia del conde de las Almenas, el dictador lo ocupó sin pagar alquiler y su mantenimiento se costeó con recursos públicos. © EfectoDron.